

2. Una alegría que asume nuestra humanidad

Decía ayer que la alegría es un asunto serio, es decir, importante para nuestra vida y nuestra vocación, para nuestra vocación a vivir con verdad y plenitud.

Necesitamos meditar profundamente sobre el pasaje del capítulo 49 de la Regla de san Benito que he citado, donde se pide que durante la Cuaresma cada monje “prive a su cuerpo algo de la comida, de la bebida, del sueño, de las conversaciones y bromas y espere la santa Pascua con la alegría de un anhelo espiritual” (RB 49,7).

El genio espiritual de san Benito, que sintetiza el genio de toda la tradición apostólica, patrística y monástica de los cinco primeros siglos del cristianismo, consigue siempre expresar en pocas palabras el misterio del hombre en relación con el misterio de Cristo. Con esta frase sobre un tema básicamente secundario, como son las penitencias de Cuaresma, Benedicto nos ilumina sobre cómo estamos llamados a vivir el drama humano fundamental y universal: el de encontrar y cultivar una alegría capaz de superar todo dolor y toda tristeza, una alegría más grande que el pecado y la muerte.

Profundicemos, pues, en esta enseñanza de la Regla, que nos servirá de hilo conductor para las meditaciones de este mes.

En primer lugar, esta frase nos recuerda un aspecto fundamental para no pasar de largo ante la verdadera alegría: no podemos comprender y experimentar la auténtica alegría sin aceptar nuestra humanidad. Para permitir que surja en nosotros “la alegría del deseo espiritual”, San Benito nos pide que no censuremos nuestra humanidad. Para ser verdaderamente felices deseando el infinito, no debemos censurar el hecho de que los seres humanos viven en lo que termina, es decir, tienen un cuerpo y un alma que luchan constantemente con un deseo de satisfacción. Todos comemos, bebemos, dormimos, hablamos y nos entretenemos en busca de la saciedad, de la satisfacción. A menudo nos engañamos pensando que en estos aspectos de nuestra humanidad podemos obtener una satisfacción total. Es como si el corazón se entregara por completo a la búsqueda de estos placeres, pero entonces, en realidad, no está satisfecho, no está contento. Cuanto más se entrega a la búsqueda de la satisfacción total comiendo, bebiendo, durmiendo, hablando y disfrutando, más insatisfacción experimenta el corazón. ¿Insatisfacción de qué? De sí mismo, del propio corazón. Es una experiencia positiva, porque así es como el corazón humano se conoce a sí mismo, se reconoce como un misterio. Hay algo en nosotros que nada terrenal y mundano puede satisfacer.

Es una experiencia elemental que todos tenemos. Yo también, cuando me enfrento a los espaguetis que preparan nuestras Hermanas, siento que cuanto más coma, más satisfecho estaré. Pero al final me encuentro agobiado e insatisfecho. El estómago lleno y el corazón vacío. O cuando empezamos a charlar con alguien o a bromear sobre todo y sobre todos. Al final sentimos como una náusea, como si las palabras y los sentimientos que hemos expresado se hubieran acumulado en nuestro corazón, y lo sentimos hinchado de vacío, como un globo.

Es importante, pues, que al tener estas experiencias de satisfacciones que no sacian, de falsas plenitudes que nos vacían, es importante que escuchemos a los verdaderos maestros de la ascesis, como san Benito, y aprendamos de ellos a tratar esta tendencia que el ser humano tiene desde el pecado original. De hecho, esta tendencia se remonta a cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, seguros de encontrar en él la satisfacción total de su corazón, y en cambio se encontraron vacíos, desnudos, tristes, llenos de vergüenza y de miedo (cf. Génesis 3).

Los Padres nos enseñan que la experiencia de insatisfacción que hacemos debe convertirse en nuestra maestra. Al experimentar que tantas cosas nunca nos satisfacen plenamente, que tantas cosas siempre nos decepcionan, la sabiduría elemental sería decirnos a nosotros mismos: mi corazón busca otra cosa, mi corazón debe buscar otra cosa si quiere ser feliz. Esto no significa que uno deba dejar de comer, beber, dormir, hablar y contar cosas divertidas a sus amigos. Porque estas cosas pertenecen a nuestra humanidad y si encuentro verdadera alegría y satisfacción, de un modo u otro, también debe tener algo que ver con todo esto. No debemos buscar una alegría incorpórea, como si fuéramos ángeles, sino una alegría en la que nuestro corazón encuentre una satisfacción que, por así decirlo, resuene también en nuestro cuerpo, en nuestros pensamientos, en nuestras palabras y en nuestros sentimientos.

Pienso en uno de los episodios más alegres del Evangelio: la Anunciación del ángel a María. “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28). Ciertamente, el ángel Gabriel no pronunció estas palabras con cara de funeral. Él mismo estaba lleno y rebosante de alegría, de alegría angélica. Pero en María, esta alegría contagiaba toda su humanidad, su cuerpo, su alma, su espíritu. Tanto más cuanto que el motivo de esta inmensa alegría era que el Verbo se hacía carne en ella. Y María dio inmediatamente testimonio de su alegría total corriendo hacia Isabel y cantando el Magnificat con todo su cuerpo, con toda su alma y con todo su espíritu (cf. Lc 1,39-55).

La alegría se apoderó de toda la humanidad de la Virgen, como se apoderó de la del pequeño Juan Bautista en el seno de Isabel: “En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.” (Lc 1,44). Este niño concebido hacía seis meses no sólo se alegraba en espíritu: todo su cuerpecito saltaba, saltaba de alegría, como podía, en el seno de su madre. Cristo es verdaderamente la alegría plena del hombre, de todo el hombre. En Él se alegra misteriosamente también la carne, no sólo el espíritu o sólo los sentimientos del alma.

Pero para que esto suceda, para que tengamos esta experiencia, es decir, para que la alegría de Cristo entre en nuestra humanidad, ¿qué nos aconseja San Benito que hagamos? Nos aconseja actuar con astucia, engañar alegrías parciales y satisfacciones decepcionantes. Nos pide que actuemos con nuestros deseos físicos y psíquicos como ladrones que roban a sus víctimas parte de sus bienes. No de golpe, porque se darían cuenta, llamarían a la policía y lo recuperarían todo. Basta con sustraer poco a poco. En latín, San Benito utiliza precisamente un término que se ajusta al robo: “*subtrahat* – prive a su cuerpo algo de la comida, de la bebida, del sueño, de las conversaciones y bromas” (RB 49,7).

Es una ascesis que podríamos llamar “del sagrado engaño”. Al no fingir nada, nos robamos un poco de falsa satisfacción. Pero, ¿con qué fin? ¿Sólo para hacer penitencia? ¿Sólo para hacer un sacrificio cuaresmal que luego olvidaremos a partir de Pascua? No, la finalidad es crear un espacio vacío, como un hueco, en nuestra vida, en nuestro cuerpo, en nuestra alma, en nuestro corazón, en nuestro yo, en definitiva, en nuestra libertad. Y así, en este espacio, tal vez mínimo, vemos que una nueva realidad consigue surgir en nosotros, a través de nosotros, de nuestra humanidad, de nuestras necesidades, de nuestro comer, beber, descansar, hablar, divertirnos. Una realidad nueva y, sin embargo, muy antigua, porque es original, está en el origen de toda la humanidad, y en el origen de nuestra persona, de nuestro corazón. Surge la alegría del anhelo espiritual de la santa Pascua, la alegría del anhelo de la vida eterna en Cristo muerto y resucitado, la alegría del anhelo espiritual de abrazar a Cristo como alegría total y eterna de la vida.

Como tengo que ausentarme durante casi una semana y reanudaré los Capítulos el lunes por la tarde, os aconsejo que meditéis durante estos días sobre lo que he dicho hasta ahora haciéndoos algunas preguntas. Esto es para que lo que trataré de deciros después encuentre en vosotros un terreno arado en el que lo meditado pueda caer como una semilla y dar fruto para vuestra vida y vocación.

- a. ¿Eres verdaderamente feliz? ¿Qué papel ha desempeñado la alegría en el camino de tu vida? ¿El deseo de una alegría plena ha determinado tus opciones y renunciaciones?
- b. ¿El descubrimiento de tu vocación ha sido y sigue siendo una experiencia definida por la alegría? ¿Es Cristo verdaderamente la mayor alegría de tu corazón?
- c. ¿Qué te entristece? En la tristeza, en la insatisfacción, ¿vuelves a buscar la verdadera alegría? ¿Cómo la buscas? ¿Qué te ayuda a encontrarla de nuevo?
- d. ¿Experimentas que tiene razón el consejo de san Benito, es decir, que hay renunciaciones que favorecen que resucite en nosotros el deseo de alegría en Cristo pascual, muerto y resucitado por nosotros?
- e. ¿Compartes esta alegría con los hermanos o hermanas de tu comunidad? En vuestra comunidad, ¿os ayudáis a buscar, encontrar y celebrar la verdadera alegría?

Estas son algunas preguntas que sólo pretenden ayudaros a poner de relieve en vosotros si estáis viviendo vuestra vocación de un modo que escucha la necesidad fundamental del corazón, porque la alegría en Cristo es la plenitud del corazón humano, y al fin y al cabo vivimos para esto; y si no vivimos para esto, no vivimos realmente.